



Acciones sociales e inundaciones en el medio urbano

ADRIANA SÁNCHEZ

Los desastres asociados a fenómenos como las inundaciones no son exclusivos de las zonas rurales o costeras ni solamente atribuibles a lugares con características climatológicas particulares. Claro ejemplo de ello es la emergencia vivida en septiembre por pobladores de Heredia, quienes fueron afectados por fuertes inundaciones producto del desbordamiento en la microcuenca del río Burío y su tributario Quebrada Seca. La fuerza del cauce inundó viviendas en Belén y San Joaquín de Flores, destruyó varios puentes, inhabilitó un viaducto en construcción, saturó sistemas de alcantarillado, arrastró un vehículo por aproximadamente 700 m y puso en peligro vidas. El río Burío nace en Getsemaní de San Rafael de Heredia, abarca parte del área de Barva, se une con Quebrada Seca en Mercedes Sur, se adentra en Heredia centro, atraviesa San Joaquín de Flores y San Antonio de Belén y sigue hasta su desembocadura en el río Bermúdez en San Rafael de Ojo de Agua en la provincia de Alajuela.

Situaciones como la acontecida en Heredia, atribuidas al Burío, pueden explicarse a partir de cambios en el uso del suelo para fines urbanísticos, carentes de planificación y orientados al mercado de tierras, que no contemplan las zonas especiales de protección ni las planicies de inundación. De hecho, en estas zonas es posible observar desechos y sedimentos en el Burío y en el Quebrada Seca: aguas jabonosas, basura y descargas de aguas de nuevas urbanizaciones que aumentan el cauce del río y constituyen prácticas propias de la convivencia en sociedad. Estos cambios son acciones sociales clave para entender los procesos de degradación de un territorio que posteriormente llevan o pueden llevar a un desastre.

Heredia, así como otras zonas del país, posee antecedentes históricos que explican la dinámica de ocupación de algunas zonas. Respecto de esto, vale la pena considerar la creación de la Universidad Nacional, que marcó un cambio importante en el uso del suelo, pues la zona norte de esa provincia pasó de ser una zona de fincas dedicadas a actividades productivas a ser una zona de gran concentración poblacional, constituida por funcionarios universitarios y estudiantes de regiones alejadas que migraron para estar más cerca de tal casa de estudios, lo que generó gran cantidad de proyectos urbanísticos en la zona. Esto se acrecentó a partir de la década de los ochenta, cuando los cultivos permanentes de la zona empezaron a ser desplazados por las nuevas viviendas.

Pero no solo la demanda habitacional fue en aumento. Con la creciente concentración poblacional también aumentó la demanda de servicios básicos brindados por centros educativos, supermercados, restaurantes, tiendas, centros médicos, iglesias, etcétera, los cuales también han ocupado la zona con edificaciones de múltiples dimensiones, como los inmensos centros comerciales que hay en distintos puntos de Heredia.

Los procesos asociados a cambios en el uso del suelo en esta área se ilustran con el paisaje contradictorio observable en un pequeño recorrido desde la naciente del río Burío hacia abajo. Algunas de las contradicciones visibles son: una reducida pero aún existente actividad cafetalera, proyectos urbanísticos de carácter estatal, proyectos habitacionales en proceso en lugares donde antes se realizaba actividades cafetaleras y viviendas con diseño y materiales que evidencian rastros de transición de lo rural a lo urbano en el territorio. De hecho, hay zonas en las que se puede apreciar pequeños cafetales inmersos en áreas prácticamente urbanizadas en su totalidad. Asimismo, junto a uno de esos pequeños cafetales puede observarse un muro de contención que permite entender el carácter de los rebalses ocurridos en otros momentos del año.

Los pobladores de la microcuenca del Burío y del Quebrada Seca tienen percepciones diferentes respecto de ésta, variando según la zona de habitación. Quienes viven en la parte alta de la microcuenca la perciben como un simple cauce natural que se encuentra prácticamente seco; mientras, quienes viven río abajo, donde el inofensivo cauce se convierte en un colector de desechos y de la erosión resultante de los proyectos urbanísticos, la perciben como una amenaza. Una quebrada, la Seca, que está prácticamente seca y desaparece en buena parte de su trayecto, renace con las lluvias. Y en la época seca “nace” con los residuos y desechos de las “urbas”.

Por lo anterior, es importante el análisis de las distintas escalas geográficas definidas por espacio y tiempo en

que se ubican las acciones de los actores sociales. Pues es el accionar social el que marca los cambios del uso que se le da al territorio y, por consiguiente, las situaciones de vulnerabilidad. En este sentido, hay que tomar en cuenta que el ambiente urbano es una construcción colectiva, con múltiples actores. Y, dentro de esa colectividad, los que sufren los procesos de degradación no siempre son los mismos actores sociales que los causan. Debe de comprenderse que hay actores privados, como los promotores de proyectos urbanísticos, que participan en dichos procesos pero no tienen una vinculación directa con la zona en que éstos ocurren, solo perciben los beneficios económicos y luego continúan con proyectos en otra zona.

El número de situaciones de emergencia por inundaciones en distintos sectores de la Gran Área Metropolitana de nuestro país sigue en aumento cada año y se acrecienta con la llegada de la estación lluviosa. De ahí la importancia de recapacitar en cuanto a que las intervenciones estructurales en un contexto que ha pasado por una situación de riesgo son necesarias y, en algunos casos, hasta imprescindibles, como por ejemplo lo es la restauración de una zona de paso único cuya ausencia provoca el aislamiento de comunidades enteras. Pero respecto de esto hay que tener presente que éstas no son las más importantes, pues en un contexto en el que no se toman medidas más allá de la reposición de infraestructura y de bienes materiales para los afectados directos, el área sigue siendo vulnerable ante impactos por la misma situación de riesgo al no poner en práctica medidas correctivas y de prevención.

Las acciones emprendidas por la Comisión Nacional de Emergencias para enfrentar la emergencia por las pasadas inundaciones en Heredia fueron estructurales, no correctivas ni preventivas. No es suficiente plantear la reubicación de las personas que ocupan viviendas que actualmente están en las zonas protegidas o en las planicies de inundación. Es necesario llevar a cabo un despliegue de acciones encaminadas a reunir información sobre hábitos, prácticas e intereses de las comunidades implicadas y hacer una lectura social, con el fin de entender y conocer el funcionamiento de una sociedad involucrada en una situación de vulnerabilidad. También, el uso de la información puede estar orientado a la planificación de un área específica desde una perspectiva temporal. La posibilidad de contar con información que detalle el patrimonio estructural y productivo ayuda a precisar los daños después de un desastre, no solo desde una perspectiva económica sino desde el valor atribuido por la sociedad afectada. Pero lo más importante es que se tome las medidas eficientes para evitar que haya más edificaciones en zonas de protección, donde nunca debió de construirse nada.



Deslizamiento

Comisión Nacional de Emergencias

Es necesaria la discusión sobre la institucionalidad nacional y local y sobre los actores privados que han producido las actuales condiciones. Hay que exigir a las instituciones encargadas el cumplimiento de sus roles y hacer efectiva su responsabilidad de frenar el número desmedido de permisos para la realización indiscriminada de proyectos habitacionales, industriales y comerciales.

En conclusión, solo mediante un análisis social previo, a partir de información real sobre las distintas organizaciones sociales y políticas, que además tenga presente los intereses entrecruzados de todos los actores involucrados, las condiciones de desigualdad social y las necesidades y expectativas de ellos, sí, solo mediante un análisis así se puede llevar a cabo un proceso de gestión de desastres serio que no consista solo en mitigación e intervenciones físicas sobre los cauces de los ríos, sino en el entendimiento de las prácticas sociales generadoras de degradación, para contrarrestar las que conducen a situaciones de vulnerabilidad y, por ende, a la incapacidad de enfrentar un desastre o sus posibles réplicas.

